

INFORMACION CULTURAL

Discurso del Ministro de Educación Nacional.

COMO acto de homenaje y de respetuosa salutación al nuevo ministro de Educación Nacional, excelentísimo señor don Joaquín Ruiz Giménez, nos complacemos en publicar íntegramente el fundamental discurso que pronunció en la clausura del curso de la Universidad «Menéndez Pelayo», de Santander:

«Excelentísimos e ilustrísimos señores, señores profesores, señoras y señores:

Con no pequeña alegría vuelvo a ponerme la toga y la muceta de catedrático, trocando por ellas el uniforme de embajador. Y vengo a clausurar este curso de la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo», donde hay tantos amigos viejos. Honrado por la generosidad del Caudillo con una tarea interna en el Gobierno de España, después de un período de experiencia internacional, no quisiera que mis palabras de hoy, sencillas, fueran otra cosa que un primer mensaje sobre nuestros deberes esenciales en el orden educativo para hacer de esta patria nuestra patria en que soñamos desde el 18 de julio, y a la que miran con recelo o con esperanza los hombres de otras tierras y de otras culturas.

LA UNIVERSIDAD «MENENDEZ PELAYO».— Quisiera que este primer mensaje fuese para vosotros, colaboradores y amigos, de este hogar castellano al cual pertenecerá en aquella forma embrionaria del Colegio Cántabro en los años duros de 1934 y 1935; de aquel colegio de cuyo espíritu unido a lo mejor de la técnica—es justicia reconocerlo—de la Universidad estatal de entonces ha nacido esta fecunda realidad de la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo».

El honor de esta fundación, ya lo ha dicho el Rector Magnífico, recae fundamentalmente en el por tantos conceptos ilustre predecesor mío, don José Ibáñez Martín, al que ya vosotros habéis tributado hace unos momentos un cálido homenaje de admiración y de respeto, y al que yo sumo en este momento mi palabra emocionada.

Y honor también, al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que organizó, que ha desarrollado y que sostiene estos cursos de la Universidad Internacional, con la colaboración espléndida de las autoridades de la provincia, que ya, ahora, nos hacen posible la edificación de la nueva Sede, que será una realidad muy pronto.

Al espíritu generoso con que el Gobierno, tan inteligente y eficazmente representado por este viejo camarada y amigo que es Joaquín Reguera, la Diputación, el Ayuntamiento, se han manifestado para hacer posible que la Universidad Internacional tenga el cuerpo, la sede, el prestigio que merece, yo respondo con el compromiso solemne de que en plazo muy breve, con un esfuerzo tenaz del Ministerio, que por confianza por mi parte inmerecida del Caudillo disfruto, será una realidad en marcha. Y antes de entrar brevemente en esta reflexión en alta voz, sobre lo que pueden ser las orientaciones de nuestra política cultural, permítidme que recoja, para agradecerlas, aunque sean excesivamente amables, las palabras de este batallador y tenaz santanderino de la mejor estirpe, Rector Magnífico, y magnífico Rector, de la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo», don Ciriaco Pérez Bustamante, a quien, además de agradecer como amigo sus elogios excesivos, repito, quiero, ante todo y sobre todo como Ministro, felicitarle por su abnegada labor de afianzamiento de esta Institución, ya que en sus anales irá profundamente ligada a su nombre.

TRIPLE LECCION DE LA EXPERIENCIA INTERNACIONAL.—De la experiencia internacional a que aludía, vale la pena que recojamos una triple, aunque ya sabida, lección. En primer término, el factor primordial para la victoria, de obtener el respeto y la colaboración de otros individuos y de otros pueblos, es el mantenimiento de la propia personalidad individual o nacional, y la fidelidad en la afirmación de las creencias esenciales y el temple vital para defenderlas hasta el sacrificio y la muerte.

Si los hombres de España hubiéramos transigido en 1936 con la revolución materialista o, diez años más tarde, con el acoso internacional, con la conjura que nos puso en la alternativa del aislamiento o de la apostasía, si hubiéramos renunciado a nuestra primogenitura espiritual por un plato de lentejas, seríamos hoy meras comparsas en el escenario turbulento del mundo, y habríamos malgastado la posibilidad de una noble y trascendental misión si no es que hubiéramos perdido la posibilidad de vivir dignamente. Quienes hemos ocupado trincheras de vanguardia en el extranjero durante un dramático período, sabemos hasta qué punto es duro y difícil mantenerse sin concesiones en las posturas fundamentales, pero al mismo tiempo el empuje y la alegría que era fortaleza para proseguir el combate. Sólo a costa de esas incomodidades y aun de esos riesgos en el servicio de los principios cardinales—esto es, fe cristiana, integridad e independencia nacionales, actitud misionera en el mundo—sólo a costa de eso podrá seguir mereciendo nuestra política, y en el sentido más amplio, nuestra cultura, que se las pueda llamar con justicia españolas y que puedan ser defendidas con ilusión y con esperanza en los hombres de nuestra generación.

ACTUALIZACION DE NUESTRA POLITICA.—Pero, en segundo lugar, esa misma aventura internacional nos ha enseñado la importancia y la urgencia del diálogo. Los dogmas no se defienden jamás con puras actitudes estáticas, sino con guerra de movimientos, movimientos de la razón y de la voluntad, a través de adaptaciones circunstanciales a los tiempos cambiantes. Cuanto más firme se sienta un hombre o un pueblo en la posesión de sus verdades esenciales, más debe abrirse al contacto y a la colaboración con otros hombres y con otros pueblos. Así lo hizo la España de los siglos mejores, y así ha de hacerlo, está haciéndolo ya, esta España nuestra, renacida en el dolor y en la esperanza.

Perjudicaríamos irremediablemente los postulados que nos importa defender, si los recargamos de formas arcaicas, si no dejáramos que llegara hasta ellos la luz y el aire del mundo.

Uno de los pecados mayores de las democracias liberales fué su intento de convertir en relativo lo absoluto, lo esencial, pero un pecado no menos grueso de ciertas fórmulas estatificadoras o de las democracias totalitarias de nuestro tiempo ha sido el de pretender transformar en absoluto lo relativo, confundir los linderos del dogma y de la opinión, llevar la intangibilidad de lo verdaderamente sagrado hasta el río de las cosas mudables y perecederas, cuyo más bello destino está cabalmente en revelar con su mutación la eternidad de las esenciales.

Las minorías dirigentes de nuestra patria pueden y deben superar ambos escollos, y adentrarse en el mundo bajo la guía prudente y decidida del Caudillo con toda la carga espléndida de unas creencias fundamentales, sacras y profanas en su debida jerarquización, pero también con toda la gallardía y el arrojo necesario para asimilar cuanto haya de valioso en cualquier sector de la cultura o de la política, y para desprenderse de cuanto sea caduco y estéril. Esta sabia y vital empresa de ordenación en una hora desordenada es la que se nos abre, no sólo a los españoles, sino también a los hombres de todas las latitudes en cuya alma aun queda el rescoldo del mensaje cristiano.

MISION DE EJEMPLARIDAD.—Pero, permitidme—y que esta sea la tercera enseñanza de aquella experiencia—: ¿por qué no pensar que esa empresa pesa sobre nuestros hombros de españoles con peso especial y fuerza que nos urge con el duro y espléndido perfil de una nueva misión de ejemplaridad? No ganamos, ciertamente, la victoria interior de nuestra Cruzada para instalarnos en la comodidad; no nos permitió Dios quedarnos al margen del tremendo conflicto de los años últimos para ser espectadores de una catástrofe, sino actores de un drama de resurrección. No es nuestra generación, pese a todas las deformaciones de la propaganda enemiga, egoísta, conservadora y reaccionaria, sino que está transida de un incontenible afán de renovación y de perfeccionamiento. Afán que

nos lanzó al sacrificio de la guerra, cuando ésta fué inevitable, duro afán que queda hoy como inquietud creadora. Hagamos todos, gobernantes o no, todo cuanto sea posible para que esta inquietud no se malgaste hasta que de las manos nos salga—¿verdad, José Antonio?—una España que no sólo amemos por razón pura de amor, sino también porque nos guste en el cuerpo y en el espíritu.

Seamos fieles a esta misión de ejemplaridad que espera de nosotros la mejor parte del mundo, misión de ejemplaridad que es, por decirlo con una sola palabra, misión reunificadora, misión que nos restablezca una íntima unidad en el hombre interno y en los grupos sociales, viviendo con autenticidad la formación de un catolicismo viril, íntegro, militante, que supere lo mismo los encastillamientos de la rutina y de la timidez que las frivolidades de la transigencia o el espejismo de las falsas pacificaciones. En el orden social y económico, reajustando los organismos sociales y haciendo posible, en nuevas formas económicas, una participación más justa de todos los hombres y de todos los españoles en el bien común de la patria. En el orden político, estableciendo un nuevo engarce entre el principio de autoridad y el principio de libertad, y, en el orden cultural, realizando una jerarquización de los conocimientos científicos y de todas las técnicas en la línea de una formación integralmente humana, que lleve, sí, los hombres hacia Dios, pero haciéndoles que se preocupen también de la tierra, haciendo que la transformen en algo más luminoso, donde Dios mismo pueda reconocer la huella de su infinita justicia.

PANORAMA DE NUESTRA POLÍTICA CULTURAL.—¿Cuál puede ser este panorama de nuestra política cultural? En primer término, fidelidad a los principios esenciales que ya la inspiran desde el 18 de julio, es decir, a la concepción católica de la existencia que puede afirmarse retóricas y que se haga una autenticidad en el porvenir de cada día.

El segundo principio, el sentido de la unidad y de la independencia nacionales. Nosotros vemos a España como una realidad renaciente y en marcha, y hemos llamado y llamaremos a esta empresa a todos los sectores sociales y a todas las regiones de España. Nosotros pedimos la colaboración de todos los intelectuales de esta rica y total España nuestra que fundara la mente y el corazón inmenso de nuestra reina Isabel. Los llamamos a una empresa colectiva, y les decimos que, sin recelo, sin cortapisas, están llamados desde este instante, estuvieran o no con nosotros el 18 de julio, a la tarea común de levantar a España, siempre que nos ofrezcan, siempre que nos garanticen una sola condición: la fidelidad a los valores esenciales de España, por los que estuvimos a punto de morir y por los que moriríamos mil veces si fuera necesario.

SOLIDARIDAD SOCIAL EN LA ENSEÑANZA.—Pero a este llamamiento a los hombres valiosos, estén donde estén, se debe añadir, como tercer principio, el de una profunda solidaridad social.

¿Creemos, de verdad, nosotros, los españoles que la España actual responde a ese sentido de auténtica comunidad, de profunda colaboración, de estrecha hermandad entre todos los hombres de todas las categorías sociales? Yo pienso que aun no está alcanzada esta meta, y en lo que a mí incumba, secundando la política profundamente impregnada de preocupación social de nuestro Caudillo, colaborando con aquellos otros Ministerios a los que más directamente afecte la ordenación económica y social de España, yo quiero que en este Ministerio de Educación Nacional haya una inmensa inquietud de hermandad entre todos los españoles, que todas las puertas se abran a aquellos hombres que tengan aptitudes y condiciones para la cultura, que no nos afanemos única y exclusivamente por la distribución del pan material, sino que hagamos una profunda obra de justicia social en la distribución del pan del espíritu y de la cultura. Me diréis que todos estos principios están ya contenidos en nuestra legislación, es cierto. Realmente cuando los historiadores, con espíritu objetivo, repasen la legislación emanada en estos años últimos, comprobarán cómo estos principios han ido impregnando todos los sectores, todas las manifestaciones de la obra política y educativa.

Yo quisiera que esta preocupación fuese fundamental en nuestra tarea, que nos impusiésemos la obligación de hacer llegar la cultura a todos los hombres de España.

LA CULTURA AL SERVICIO DE LA PATRIA.—Es cierto que nuestro índice de analfabetismo es cada vez más reducido, pero es cierto también que aun nos queda una tarea ingente que cubrir. Felizmente, en esta provincia de Santander, por el generoso mecenazgo de los santanderinos, de los municipios, de las autoridades, el problema tiene muchísima menos gravedad que en otras regiones de España. Pero tengamos conciencia de que aun queda una misión enormemente importante desde el punto de vista cristiano y desde el punto de vista nacional. Es difícil dar cifras; basta decir que son aún miles y miles las escuelas que nos hacen falta, y que los miles de millones precisos para levantarlas no pueden salir solamente de los presupuestos estatales, sino que tienen que ser obra de todas las fuerzas sociales de la Nación. Pero yo añado inmediatamente que nuestra tarea debe ser precisamente la de que este desbroce en los primeros años de la labor educativa se complete con rapidez e intensidad, haciéndola profunda y sustancial. Para ello es preciso jerarquizar los saberes, evitando toda formación excesiva de especialización. Preocupémonos más de un saber total, formativo, jerárquico, que de una erudición farragosa, y pongamos, además, esta cultura no sólo al

servicio de los fines personales lícitos, sino también y fundamentalmente al servicio de España y en estas otras realidades más altas de la comunidad internacional. Frente al excesivo abuso que precisamente en algunos medios, e incluso cristianos, del extranjero, será hecho de la primacía de la persona humana, de los derechos del hombre, creo que nos importa más en estos momentos a nosotros, que estamos firmemente arraigados en la conciencia de lo que vale el hombre, subrayar la otra dimensión: la primacía del bien común, el sentido de la ordenación social. Pues si bien es cierto que su alma tiene un destino sobrenatural, de tejas abajo el hombre ha de trabajar por la patria en que Dios le ha hecho vivir.

FORMACION DE MINORIAS.—Nuestra labor tenderá a conseguir la formación de minorías dirigentes. Esta fué, cabalmente, la gran preocupación de la reina Isabel, como ha subrayado nuestro gran Menéndez Pidal. Esta finura es la selección de los más adecuados para cada puesto; tiene que surgir de nuestros centros culturales.

Nosotros, mucho más que por el número de edificios que podamos levantar, del número de escuelas que podamos crear, nos interesamos por la calidad intrínseca de los hombres que formamos en estas instituciones. Importa mucho que los hombres que ahí se formen no sean puros profesionales; importa mucho que ya se termine un poco esta calma de estos últimos años que ha dominado a las generaciones más jóvenes. Es preciso que sople de nuevo el viento duro que nos movió a nosotros el 18 de julio a realizar la gran empresa de la unidad española.

EXTENSION SOCIAL DE LA CULTURA.—Y al lado de esta preocupación por una formación total, tenemos presente la otra dimensión que antes señalaba: la de la extensión social de la cultura. El ministro de Trabajo ha sabido recoger la orientación del Caudillo y hacer consigna de la elevación de los trabajadores españoles a todos los grados de la cultura. Ya existen los institutos laborales, experiencia nueva y alentadora, que seguirán creándose en sus distintas modalidades por toda España. Y se anuncia como una realidad próxima la de la Universidad laboral. No oculto que esta expresión ha producido en algunos un cierto escándalo y recelo porque les parecía que poseían la expresión de una cierta resonancia marxista. Parece innecesaria la aclaración de que no se pretende hacer una Universidad clasista, sino una Universidad en la que esté presente la preocupación social y en donde sean considerados con la jerarquía y respeto debidos los problemas de la gran clase trabajadora española, de estos miles de hombres que han soportado con sobriedad y decisión años difíciles. Correspondamos a este dolor y a este sacrificio, abriéndoles los centros superiores de la cultura y del espíritu.

CORDIAL COLABORACION DEL ESTADO Y DE LA IGLESIA.—Y llegamos a un

punto delicado. Esta ancha obra cultural aquí esbozada tiene que ser producto de amplias colaboraciones prestadas con generosidad y amplitud. Yo quisiera que enfocados así los problemas nos fuese posible superar los escollos de esos antagonismos históricos de los derechos del Estado y de la Iglesia y de los grupos sociales en el orden de la educación. Felizmente, estos escollos están superados en nuestra legislación, al menos en parte muy esencial. Sin embargo, no podemos cerrar los oídos a ciertas críticas que proceden de unos y otros. Quisiera que todos los interesados contemplasen estas decisivas cuestiones con verdadera anchura de mira. Tengo la seguridad de que en la colaboración cordial del Estado y la Iglesia, se podrán alcanzar las fórmulas satisfactorias respetuosas con los derechos de ambas instituciones. No se oculta la necesidad de reajustar ciertos sistemas, de realizar determinadas reformas. Por sólo fijarme en una cuestión concreta, quiero adelantar que estudiaremos el modo de hacer más racional y humano el Examen de Estado. Y con ello el tránsito de la Enseñanza Media en los grados superiores.

ESPIRITU AMPLIO DE DIALOGO Y COLABORACION.—Otras cuestiones y aspectos de nuestra enseñanza requieren revisión y aun estructura nueva. Cómo han de ser éstas es algo que no me incumbe señalar exclusivamente. Las altas orientaciones del Jefe del Estado, los acuerdos de las Cortes Españolas, los dictámenes del Consejo Nacional de Educación, la colaboración de todos los miembros de la enseñanza, serán guía y estímulo de nuestra tarea. Esta Universidad Internacional puede servirnos de ejemplo en cuanto ha tratado de ser una Universidad abierta a la vida, en cuanto ha intentado recoger el palpitar de cada día y de hombres de distintos pueblos. Este espíritu amplio y abierto, de diálogo y colaboración, debe estar presente en nuestro quehacer. Desde aquí solicito la ayuda de la opinión pública a través de la prensa. No nos debe de asustar la crítica, que en cuanto es hecha con amor, es una forma de colaboración. Dice nuestro «Fuero de los Españoles»—y lo recuerdo a propósito de esta afirmación mía—que todos los españoles tienen derecho a la expresión de su pensamiento, siempre que se respeten los principios fundamentales del Estado.

Se dice con gusto este mensaje—y con esto termino—en esta ciudad castellana y marinera, cuna de altas figuras españolas y universales. Valga por todas la de don Marcelino Menéndez Pelayo, bajo cuyos auspicios funciona esta Universidad. Nada sería más contrario al espíritu de don Marcelino que un anquilosamiento en módulos pretéritos, un estéril narcisismo del pasado y una pérdida del contacto con las realidades presentes. Mérito de esta Universidad Internacional es haber sabido vencer, en su misma brecha, el riesgo de lo que pudiera llamarse un «menéndezpelayismo» estrechamente nacionalista, retórico, repetidor, infiel al

signo de la cultura de esta España nueva que venimos anhelando desde el 18 de julio, como más hechida del ideario tradicional, más llena de fe cristiana y de honor patrio, pero también más abierta a la hora del mundo, más decidida y universal en su actual empresa histórica, más libre, grande y justa, más digna de ser soñada y de morir por ella».

El Curso de Arqueología del Instituto de Estudios Oscenses.

Entre los días 6 de agosto y 5 de septiembre del presente año de 1951 se ha cumplido el programa del Curso de Técnica Arqueológica, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza y por el Instituto de Estudios Oscenses, con la eficaz colaboración moral y económica de la Delegación Provincial de Educación Nacional, del Instituto de Estudios Pirenaicos, de la Escuela Militar de Montaña y del Secretariado de Publicaciones de la Universidad, en cuyos Cursos de Jaca estaban englobadas las enseñanzas del nuestro. Capítulo aparte merecen las ayudas prestadas por las autoridades aragonesas, especialmente del Excmo. Sr. D. Ernesto Gil Sastre, gobernador civil de Huesca, de las Diputaciones Provinciales de Zaragoza y Huesca, del Colegio Mayor «Cerbuna» y de las autoridades de Canfranc y Jaca, donde las sesiones del curso se desarrollaron. Autoridades, entidades y particulares de Huesca otorgaron diez medias becas: dos, el Jefe provincial del Movimiento, la Diputación Provincial y la Delegación Provincial de Abastecimientos y Transportes; una, Educación y Descanso, el Gremio Provincial de Fabricantes de Harina, la Cooperativa de Panaderos y nuestro amigo el industrial don José Porta.

Por las entidades que organizaron y patrocinaron el Curso nos fué confiada su dirección y en él tratamos de cumplir con un propósito universitario, el servicio a las vocaciones de estudiantes y graduados, de quienes se espera que sean en breve auxiliares en nuestra tarea arqueológica y, en el momento oportuno, los equipos que hayan de trabajar en esta rama de la historia de la humanidad.

Diversas revistas técnicas se ocuparán de los resultados del Curso; aquí queremos ofrecer sólo un breve resumen informativo, descartando los aspectos especializados.

DATOS ESTADÍSTICOS.—Duró el Curso 31 días, profesando enseñanzas 13 especialistas, que explicaron un total de 81 lecciones y conferencias; asistieron 24 alumnos de Zaragoza, Salamanca, Barcelona, Madrid,